

JUAN KATEVAS LOS CONCURSOS DRAMATICOS EN GRECIA (I)



Desde los comienzos de la historia en Grecia y desde que el hombre debió enfrentarse con los misterios de las primeras manifestaciones religiosas, los grandes acontecimientos de la vida humana se celebraron por medio de cantos y danzas, que al estar ligados al nacimiento y muerte, a la germinación y a la cosecha, a la alegría y al temor, se adaptaron rápidamente a un nuevo culto, al de Dionisio, que por su carácter popular, dios de todo lo que realmente el pueblo necesitaba, se extendió fanáticamente por toda Grecia. Se organizaron grandes fiestas en honor a este singular dios, se perfeccionaron los cantos y las danzas que serían en homenaje a su generosidad y es junto a su templo donde aparece el ditirambo, ritos ya organizados que, luego de sucesivas transformaciones, van a dar como resultado el nacimiento de la tragedia, la comedia y el drama satírico.

En estas fiestas dionisiacas fue donde comenzaron a desarrollarse los llamados "concursos dramáticos"; ahí se presentaron la mayoría de las obras que conocemos de los clásicos griegos y muchas otras, que no tuvieron igual suerte.

Línea, Anthestiria, Pequeña dionisiaca o rural y la Gran dionisiaca, fueron las fiestas más conocidas, todas ellas dedicadas a Dionisio. La última de ellas, la más importante, fue colocada bajo la tutela del Estado al tomar el poder Pisístrato, quien inteligentemente, aprovechando el entusiasmo religioso del pueblo, exigió que fuera introducido a estas fiestas, el elemento ideológico, necesario, para mantenerse en el poder y consolidar las fuerzas a favor de su partido. Hacia el año 561 a.n.e., este tirano llevó a cabo cambios radicales en el orden socio-económico, reestructurando la antigua concepción

de capas sociales que hizo posible la aparición de nuevas posibilidades laborales a una mayoría que no tenía acceso a ellas.

Pisístrato, para dar más realce a estas fiestas, encargó a un poeta llamado Thespis la dirección del gran festival dionisiaco, en que se presenta por primera vez con mucho acierto, lo que podríamos llamar un drama rudimentario, con un coro organizado en dos series de círculos, con sus respectivos corifeos, un flautista, encargado de marcar el ritmo, y su creación, el "Ipocriti" o actor.

El carácter, originalmente dionisiaco de estas fiestas no siempre se mantuvo en las obras teatrales; muchos poetas buscaron sus temas en las leyendas e historias de sus héroes, dioses y semidioses. En todo caso, se relacionaba al hombre con sus dioses. Esquilo mantuvo siempre este carácter religioso, Sófocles en menor medida y Eurípides de una manera totalmente convencional.

Para cada una de las fiestas dionisiacas, el Estado nombraba un responsable que siempre era un alto funcionario de gobierno, llamado "Arjonda", que se encargaba de organizar los diferentes grupos que competirían en los concursos dramáticos; al mismo tiempo éste debía nombrar a un "mesena" o "Jorigós", que tendría que hacerse cargo de los gastos que demandaran los montajes. Estos ciudadanos, de gran poder económico, tenían el privilegio de participar en la elección del jurado que habría de elegir a los vencedores, además de evadir los impuestos obligatorios realizando estos actos en pro de la cultura, estos ciudadanos eran considerados como seres superiores y quienes los criticaban, eran calificados de irreverentes.

ba y por lo tanto los espectadores debían ocupar sus puestos antes de la salida del sol, permaneciendo en ellos hasta el término de la tetralogía; en tiempos posteriores, la continuación se presentaba además una comedia.

Atenas en esos días estaba de fiesta y venían gentes de todos sus alrededores; también asistían espectadores del extranjero, que acudían atraídos por el prestigio que alcanzaron estas celebraciones. A las representaciones dramáticas el público asistía vestido con sus mejores trajes de fiesta y coronados, ya que estas tenían un carácter religioso. Las mujeres, en un comienzo, asistían sólo a los concursos de dramas y no así a la comedia.

En un principio no se cobraba entrada el teatro, pero debido sin duda a la inmensa cantidad de público que deseaba asistir y a la limitada cantidad de localidades, se impuso un derecho de entrada que consistía en dos símbolos, llamado *símbolú*, que le daba derecho al comprador a un asiento por día de representación. Esta entrada era una ficha con una letra del alfabeto que indicaba el lugar a donde el espectador debía dirigirse. Posteriormente, hacia el año 440 aproximadamente, Pericles impone una ley por la cual se da facilidad a los pobres que hasta el momento habían quedado marginados; así, éstos también pudieron asistir a las representaciones dramáticas, liberados del pago de entrada. Cuando el público comenzaba a llegar al teatro, alrededor de la orquesta se colocaba la policía encargada del orden, que tenía el nombre de *rabdouxoi*.

Antes de comenzar el espectáculo, el Argonda procedía a la elección del jurado. Este jurado era elegido de una lista general dada por el Consejo de los Quinientos, a razón de un número igual de hombres por tribu. Estos nombres se colocaban en diez urnas correspondientes a las diez tribus y en la apertura del concurso el Argonda extraía al azar, de cada una de estas urnas, un nombre; los diez nombres así elegidos actuaban de jueces y al término del concurso emitían un voto. Esta votación no era definitiva, un nuevo sorteo reducía estos diez jueces a cinco votos, sumándose a éstos, los tres *jorigós* que mantenían los grupos participantes.

Una vez elegido el jurado, se daba comienzo al espectáculo. En caso de que no hubiera prólogo, el coro hacía su entrada por uno de los páodos hacia la orquesta en fila (tres unidades de frente sobre tres de profundidad) o por rangos (cinco sobre tres). Se componía de doce personas en la época de Esquilo y de quince en la época de Sófocles. El coro era precedido por el flautista, quien era su instructor musical, y marcaba el ritmo de sus movimientos y cantos. Avanzaba hacia el centro de la orquesta con paso grave y en silencio, no comenzando el páodos hasta estar ubicados; otras veces, los cantos acompañaban su marcha desde la entrada. Terminado el páodos, tenía lugar el primer episodio de la tragedia. Los actores recitaban con un tono noble y un poco convencional, y en el transcurso de los episodios, el coro se mantenía quieto en su puesto y vuelto hacia los actores, esperando el momento de intervenir. En los stásimos el coro se traslada de izquierda a derecha, cuando cantaba la strofí, y volvía de derecha a izquierda al cantar la antistrofí, quedándose quieto cuando cantaba el épodo. Durante el resto de la representación se separaba en dos grupos (*imijoría*), uno frente al otro, quedándose cerca de la *thémilis*. Para cada clase de drama, existía un coro diferente; en la tragedia era respetuoso y serio (*emmelia*); en el drama satírico, danzante (*kórdaka*) y se caracterizaba por sus insolentes movimientos de cintura. En la comedia, el coro se compo-

nia de 24 personas que entraban con gran bullicio, separándose después en dos *imijorías*; cada uno de estos grupos discutía con el otro en el transcurso del agón. La danza para los griegos, no era como para nosotros una sucesión de pasos rítmicos; era más bien una mímica que pretendía expresar a la vez los objetos exteriores y las afecciones del alma. En la danza así concebida, podía suceder que los pies quedasen inmóviles, mientras todas las otras partes del cuerpo estaban en acción. El órgano expresivo por excelencia eran las manos y los dedos; por eso se decía corrientemente "bailar con las manos".

Cuando el último episodio terminaba, el coro, generalmente, cerraba la tragedia con un mensaje sobre el sentido moral de lo acontecido durante el drama y abandonaba la orquesta.

La desaprobación de una obra o de un actor por parte del público se hacía evidente de varias maneras; la más común era el golpe de pies en los asientos, que eran de madera, lo que producía un ruido infernal, lo que impedía de esta manera que el actor pudiese seguir adelante con los parlamentos. Otra manera de desaprobación era el silbido o el murmullo alto; en ocasiones, hasta les tiraban cáscaras de fruta o algo de los alimentos que llevaban para sus largas horas de permanencia en el teatro. También reconocían los aciertos y emocionantes momentos con aplausos y hasta con vivas, como sucedió con una obra de Eurípides cuando un actor comenzó una famosa frase: "El nombre de libertad, vale por sobre todas las cosas", el público como si fuera uno solo, se levantó gritando; acción que tuvo su reacción, como la de Platón, que ante estas manifestaciones populares expresó su rechazo, llamándolas "astucias teatrocráticas".

Una vez terminadas las representaciones dramáticas y finalizados los concursos en los cuales participaban tres poetas con sus respectivas obras, se daba lugar a la votación del jurado y se distribuían los premios, que consistían en una corona, tanto para el poeta como para el actor, y otra para el *Jorigós* que los mantenía. Normalmente, este *Jorigós* vencedor ofrecía a Dionisio una placa de mármol con una inscripción, dando a conocer su victoria; esta placa se llamaba *didascalía* y es gracias a ella que hoy podemos saber con precisión ciertas fechas, nombres de vencedores, obras representadas, etc., que de otro modo jamás hubieran llegado hasta nuestros días. Así es como hemos podido conocer los nombres de muchos poetas premiados, sin que sepamos nada de sus obras escritas.

El desarrollo posterior del espectáculo teatral, presenta muchos de los comportamientos sociales que hemos descrito sumariamente en relación con el teatro griego. En un próximo artículo, procuraremos abordar la existencia y el significado de los elementos técnicos que contribuyeron al esplendor del arte dramático en la antigua Grecia.

BIBLIOGRAFIA

1. FOTIADIS, DIMITRI: Vida y Arte Petros, 1958, Atenas
2. KORDATOU, GIANNI: Tragedia y Comedia Petros, 1954, Atenas
3. SARROU, D.: Introducción a la Tragedia Gerardon 1930, Atenas